

reniega, que llevando en sí una herida incurable se venga llevando al dolor por la voluptuosidad todo lo que se le acerca; es un hombre que no ha pasado por la edad de la inocencia, que no ha tenido la ventaja de ser arrojado y maldecido por Dios; un hombre que, saliendo réprobo del seno de la naturaleza, es el condenado de la nada.

Tal es el Byron de las imaginaciones exaltadas; no es, á mi parecer, el de la realidad.

Dos hombres diferentes, como en la mayor parte de los hombres, se han reunido en lord Byron: el hombre de la *naturaleza* y el hombre de *sistema*. El poeta, apercibiéndose del papel que el público le hacia representar, lo ha aceptado, y se ha puesto á maldecir al mundo, que no habia tomado antes mas que como un sueño: esta marcha es sensible en el orden cronológico de sus obras.

En cuanto á su *genio*, lejos de tener la extension que se le atribuye, es bastante reservado; su pensamiento poético no es mas que un gemido, una queja, una imprecacion; en esta cualidad es admirable; es preciso no preguntar á la lira su pensamiento, sino lo que canta.

En cuanto á su *espíritu*, es sarcástico y vario, pero de una naturaleza que agita y de una influencia funesta: el escritor habia leído á Voltaire, y lo ha imitado.

Lord Byron, dotado de todas las ventajas, tenia poco de qué acusar á su nacimiento; el accidente mismo que lo hacia desgraciado, y que habia ligado fuertemente su superioridad á la enfermedad humana, no hubiera debido atormentarlo, puesto que no le impedía ser amado. El cantor inmortal conoció la verdad que encierra la máxima de Zenon: *La voz es la flor de la belleza*.

Una cosa deplorable es la rapidez con que huyen hoy las glorias. Al cabo de pocos años, ¿qué digo? de algunos meses, la preocupacion desaparece; la denigracion le sucede. Ya se ve palidecer la gloria de lord Byron; su genio es mejor comprendido por nosotros; durarán mas los altares en Francia que en Inglaterra. Como *Childe-Harold* brilla principalmente en la pintura de los sentimientos particulares del individuo, los ingleses, que prefieren los sentimientos comunes á todos, acabarán por despreciar al poeta, cuyo grito es tan profundo y tan triste. Que lo piensen bien; si hacen pedazos la imagen del hombre que los ha hecho vivir, ¿qué les quedará?

Quando yo escribí en Londres, en 1822, mis sentimientos acerca de lord Byron, le quedaban solo dos años de vida; él ha muerto en 1824, cuando los desengaños y los disgustos iban á empezar para él. Yo le he precedido en la vida; él me ha precedido en la muerte: él ha sido llamado antes de su turno; mi número estaba delante del suyo, y sin embargo el suyo ha salido el primero. Childe-Harold debiera haber quedado; el mundo podia perderme sin notar mi desaparicion. Yo he encontrado, siguiendo mi camino, á Mád. Guicciolien-Roma, á lad y Byron en París. Se me han presentado la debilidad y la virtud: la primera tenia quizás demasiadas realidades, la segunda bastantes ilusiones.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

LA INGLATERRA DESDE RICHMOND A GREENWICH.—EXCURSION CON PELLETIER.—BLEINHEIM.—STOWE.—HAMPTON-COURT.—OXFORD.—COLEGIO DE ETON.—COSTUMBRES PRIVADAS.—COSTUMBRES POLÍTICAS.—FOX.—PITT.—BURKE.—JORJE III.

Ahora, despues de haberos hablado de los escritores ingleses en la época en que la Inglaterra me ser-

via de asilo, no me queda mas que deciros algo de la Inglaterra misma en esta época, de su aspecto, de sus castillos, de sus costumbres privadas y políticas.

Toda Inglaterra puede verse en el espacio de cuatro leguas, desde Richmond, encima de Londres, hasta Greenwich, y debajo.

Debajo de Londres está la Inglaterra industrial y comerciante, con sus diques, sus almacenes, sus aduanas, sus arsenales, sus cervecerías, sus manufacturas, sus fundiciones, sus navios; estos, á cada marea, remontan el Tamesis en tres divisiones; los mas pequeños los primeros, los medianos en seguida, y por último los buques de alto bordo, que rozan con sus velas el hospital de los marinos inválidos y las ventanas de la taberna donde obsequian á los extranjeros.

Encima de Londres está la Inglaterra agrícola y pastoril, con sus praderas, sus rebaños, sus casas de campo, sus parques, regados dos veces al dia por el reflujo del Tamesis. En medio de estos dos puntos opuestos, Richmond y Greenwich. Londres confunde todas las cosas de esta doble Inglaterra; al Oeste la aristocracia, al Este la democracia, la torre de Londres y Westminster, límites en que se encierra la historia entera de la Gran-Bretaña.

Yo pasé una parte del estío de 1799 en Richmond, con Cristian de Lamoignon, ocupándome de *El Genio del Cristianismo*. Me bañaba dos veces en el Tamesis, y corria á caballo por el parque de Richmond. Hubiera querido que el Richmond-lei-Londres fuera el Richmond del tratado *Honor-Richemundia*, porque entonces me hubiera hallado en mi patria, y diré cómo: Guillermo el Bastardo hizo presente á Alain, duque de Bretaña; su yerno, de cuatrocientas cuarenta y dos tierras señoriales en Inglaterra, que formaron despues el condado de Richmond; los duques de Bretaña, sucesores de Alain, dieron en feudo estos dominios á caballeros bretones, segundados de las familias de Rohan, de Tinteniace, de Chateaubriand, de Goyon, de Montboucher. Pero á pesar de mi buena voluntad, es preciso buscar en el Yorkshire el condado de Richmond, erigido en ducado en tiempo de Carlos II para un bastardo; el Richmond sobre el Tamesis es el antiguo Sheen de Eduardo III.

Allí espiró en 1377 Eduardo III, aquel famoso rey robado por su querida Alix Peare, que no era ya Alix ó Catalina de Salisbury de los primeros dias de la vida del vencedor de Crécy: no ameís mas que en la edad en que podais ser amado. Enrique VIII é Isabel murieron tambien en Richmond, donde no se muere. Enrique VIII se divertia en esta residencia. Los historiadores ingleses se hallan muy embrazados con este hombre abominable: por una parte no pueden disimular su tiranía y la esclavitud del parlamento; por la otra, si anatematizan al gefe de la reforma, se condenarian condenándolo.

Cuanto es mas vil el opresor, mas infame es el esclavo.

Se enseña en el parque de Richmond la altura que servia de observatorio á Enrique VIII para espiar la noticia del suplicio de Ana Bolena. Enrique respiró alegremente cuando vió la señal que partia de la torre de Londres. ¡Qué voluptuosidad! ¡El hierro habia cortado el cuello delicado, habia ensangrentado los hermosos cabellos que habian sido objeto de las fatales caricias del poeta rey!

En el parque abandonado de Richmond no esperaba ninguna señal homicida; no hubiera deseado siquiera el mas pequeño mal á quien me hubiera hecho traicion. Yo me paseaba con algunos gamos domesticados, que tenian costumbre de correr delante de una jauria, se detenian cuando se cansaban, y se les traia muy alegres y divertidos de este juego en un carro lleno de paja. Yo iba á ver en Kew á los kanguroos, ridiculos animales, justamente á la inversa de las gira-

The curfew tolls knell of parting day,
imitacion de este verso de Dante:

Squilla di lontano
Che paja'l giorno pianger che si muore.

Pelletier se habia apresurado á publicar á son de trompa en su diario mi traduccion. A la vista de Oxford me acordé de la oda del mismo poeta: *A una vista lejana del colegio de Eton*.

«¡Dichosas colinas, encantadores bosqueillos, campos queridos en vano, donde en otro tiempo corria sin pena mi infancia indiferente! Yo siento las brisas que vienen de vosotros; parece que acarician mi alma abatida, y que, perfumadas de alegría y juventud, me traen una nueva primavera.

«Dime, paternal Tamesis... dime qué generacion veleidosa se precipita hoy corriendo tras del aro, ó lanzando la pelota fugitiva. ¡Ay! ¡Sin ocuparse de sus destinos juguetean las pequeñas víctimas! No tienen prevision de los males venideros, ni cuidado del dia siguiente.»

¿Quién no ha experimentado los sentimientos y las penas, expresados aquí con toda la dulzura de la musa? ¿Quién no se ha enternecido con el recuerdo de los juegos, de los estudios, de los amores de sus primeros años? Pero se les puede volver á la vida? Los placeres de la juventud, reproducidos por la memoria, son ruinas vistas al resplandor de las llamas.

VIDA PRIVADA DE LOS INGLESES.

Separados del continente por una guerra larga, los ingleses conservaban á fines del último siglo sus costumbres y su carácter nacional. No habia todavía allí mas que un pueblo, en cuyo nombre se ejercia la soberanía por un gobierno aristocrático; no se conocian mas que dos grandes clases, ligadas por intereses comunes: los patronos y los clientes. Esta clase celosa, llamada en Francia *ciudadana*, que comienza á nacer en Inglaterra, no se conocia todavía; nada se interponia entre los ricos propietarios y los hombres industriales. No era aun todo máquina en las manufacturas, ni locura en las filas privilegiadas. Por estos mismos andenes, donde hoy se ven pasear figuras sucias y hombres con levita, pasaban niñas con manteleta blanca, sombrero de paja atado bajo la barba con una cinta, una cestita en el brazo con fruta ó un libro, todas con los ojos bajos, y ruborizándose si se las miraba. «La Inglaterra, dice Shakspeare, es un nido de cisnes en medio de las aguas.» Los redingotes tenian tan poco uso en Londres, en 1793, que una mujer que lloraba amargamente la muerte de Luis XVI, me decia: — «¿Es cierto, señor, que el pobre rey estaba vestido con un redingote cuando le cortaron la cabeza?»

Los *caballeros terratenientes* no habian vendido todavía su patrimonio para habitar en Londres: todavía formaban en la cámara de los Comunes esta fraccion independiente, que, yéndose de la oposicion al ministerio, mantenian las ideas de libertad, de orden, y propiedad. Cazaban en otoño zorras ó faisanes, comian el ganso gordo en Noel, gritaban *viva el roasbeef*, se quejaban del presente, alababan el pasado, maldecian á Pitt y la guerra, que aumentaba el precio del vino de Oporto, y se acostaban embriagados para emprender al dia siguiente la misma operacion. Estaban seguros de que no pereceria la gloria de la Gran-Bretaña mientras se cantase *god save the king*, que se conservararian las leyes sobre la caza, y que se venderian furtivamente las liebres y las perdices en el mercado con el nombre de *leones y avestruces*.

El clero anglicano era instruido, hospitalario y generoso; habia recibido al clero francés con una cari-

fas: estos inocentes cuadrúpedos-langostas poblaban mejor la Australia que las prostitutas del viejo duque de Queensbury las callejuelas de Richmond. El Tamesis bordeaba el cesped sombreado por un cedro del Líbano; una pareja recientemente casada habia venido á pasar la luna de miel en este paraiso.

Yo paseaba una tarde por las praderas de Twickenham, cuando se me presenta Pelletier con su pañuelo en la boca:

«¡Qué sempiterna niebla! exclamó cuando estuvo cerca de mí.—¿Cómo diablo podeis estar aquí? He formado mi lista: Stowe, Bleinheim, Hampton-Court, Oxford: con vuestra facha pensadora estariais en Jhon-Bull *in vitam eternam*, y no veriais nada.»

Yo pedí dispensa, pero inútilmente; fue preciso partir. En el carruaje Pelletier me enumeró sus esperanzas que sin cesar se iban reproduciendo: y así iba de ilusion en ilusion hasta el fin de la jornada. Una de sus esperanzas, la mas fuerte, lo llevó á la persecucion de Bonaparte, á quien agarró por el cuello. Napoleon tuvo la simplicidad de darse de puñadas con él. Pelletier tenia por segundo á un tal James Makintosh, condenado ante los tribunales, que hizo una fortuna nueva (que se comió incontinenti), vendiendo las piezas de su proceso.

Bleinheim me desagradó: yo sufría tanto mas con un antiguo revés de mi patria, cuanto que habia tenido que soportar el insulto de una reciente afrenta: un barco que subia por el Tamesis me vió en la ribera; los remeros, al ver un francés, dieron grandes hurras: se acababa de recibir la noticia del combate naval de Aboukir: estos triunfos del extranjero, que podian abrirme las puertas de la Francia, me eran odiosos. Nelson, á quien habia visto muchas veces en Hyde-Park, encadenó sus victorias en Nápoles al schal de lady Hamilton, mientras que los lazzaroni jugaban á las bochas con cabezas. El almirante murió gloriosamente en Trafalgar, y su querida miserablemente en Calais, habiendo perdido belleza, juventud y fortuna. Y yo, que ultraje en el Tamesis el triunfo de Aboukir, he visto las palmeras de la Libia bordar el mar tranquilo y desierto, que fue enrojecido con la sangre de mis compatriotas.

El parque de Stowe es célebre por sus fábricas: yo prefiero sus sombras. El *cicerone* del sitio nos enseñó en un rincón oscuro la copia de un templo, cuyo modelo habia de admirar yo en el valle de Cefisa. Hermosos cuadros de la escuela italiana se entrestician en el fondo de algunas salas deshabitadas, cuyos postigos se hallaban cerrados. ¡Pobre Rafael, prisionero en un castillo de viejos bretones, lejos del cielo de la Fornarina!

Hampton-Court conservaba la coleccion de retratos de las queridas de Carlos II: de ese modo habia tomado las cosas este príncipe al salir de una revolucion que hizo rodar la cabeza de su padre, y que debia proscribir su raza.

Vimos en Slough á Herschell con su instruida hermana y su telescopio de cuarenta piés; buscaba nuevos planetas, haciendo reir á Pelletier, que estaba montado á la antigua.

Nos detuvimos dos dias en Oxford. Yo gocé en aquella república de Alfredo el Grande, que representaba las libertades privilegiadas y las costumbres literatas de la edad media. Recorrimos los veinte y cinco colegios, las bibliotecas, los cuadros, el museo, el jardín botánico. Hogueé con mucho placer entre los manuscritos del colegio de Worcester una vida del príncipe Negro, escrita en verso francés por el rey de armas de este príncipe.

Oxford, sin parecerles, traía á la memoria los modestos colegios del Dol, de Rennes y de Dinau. Yo habia traducido la elegía de Gray y del *Cementerio de la Campaña*.

dad enteramente cristiana. La universidad de Oxford hizo imprimir á su costa, y distribuir gratis á los sacerdotes, un *Nuevo-Testamento* con la version romana, y estas palabras: *Para el uso del clero católico desterrado por la religion.* En cuanto á la alta sociedad inglesa, yo, miserable desterrado, no veía mas que su exterior. En las recepciones de la corte ó en casa de la princesa de Gales, pasaban *lady*s sentadas de lado en sillas de manos: sus grandes tonillos salían por la portezuela de la silla como frontales de altar. Ellas mismas se parecían sobre estos altares de su cintura á vírgenes ó pagodas. Estas hermosas damas eran las hijas de las madres adoradas por el duque de Guiche y el duque de Lauzun; estas jóvenes son en 1822 las madres y abuelas de las niñas que bailan hoy en mi casa con traje corto, al son de la flautilla de Collinet, como rápidas generaciones de flores.

COSTUMBRES POLÍTICAS.

La Inglaterra de 1688 estaba en el apogeo de su gloria á fines del siglo pasado. Pobre emigrado en Londres desde 1792 á 1800, he oído hablar á los Pitt, los Fox, los Sheridan, los Wilberforce, los Grenville, los Whitbread, los Landerdale, los Erskine; magnífico embajador en Londres en 1822, no podré decir cuánto me ha sorprendido, cuando, en lugar de los grandes oradores que yo había admirado antes, veo levantarse en su lugar á los que eran los segundos en la época de mi primer viaje: á los discípulos en vez de los maestros. Las ideas *generales* han penetrado en esta sociedad *particular*. Pero la aristocracia ilustrada, colocada á la cabeza de este país hace ciento cuarenta años, habrá mostrado al mundo una de las mas bellas y mas grandes sociedades que hayan honrado la especie humana desde el patriado romano. Tal vez alguna antigua familia, en el fondo de un condado, reconocerá la sociedad que acabo de pintar, y llorará el tiempo cuya pérdida deploro yo en estas líneas.

En 1792 se separó Mr. Burke de Mr. Fox. Se trataba de la revolucion francesa que Mr. Burke atacaba y que Mr. Fox defendía. Nunca los dos oradores, que hasta entonces habían sido amigos, desplegaron tanta elocuencia. Toda la cámara estaba conmovida, y los ojos de Mr. Fox se llenaron de lágrimas cuando monsieur Burke terminó su réplica con estas palabras:— «El muy honorable caballero me ha tratado, en el discurso que acaba de pronunciar, con una dureza poco común: ha censurado mi vida entera, mi conducta y mis opiniones. Sin embargo de este ataque grande y serio, no merecido por mi parte, no me asustaré: no temo declarar mis sentimientos en esta cámara y en todas partes. Yo diré al mundo entero que la constitucion está en peligro. Ciertamente es una cosa indiscreta en todo tiempo, y mucho mas indiscreta todavía en esta edad mía, provocar á los enemigos, ó dar á mis amigos motivos para que me abandonen. Sin embargo, si esto ha de suceder por mi adhesión á la constitucion británica, lo arriesgaré todo; y como el deber público y la prudencia pública me lo ordenan, exclamaré en mis últimas palabras: ¡Huid de la constitucion francesa! *Flee from the french constitution.*»

Y como Mr. Fox dijera que no se trataba de perder los amigos, Mr. Burke exclamó:

—«Si, ¡se trata de perder los amigos! Yo conozco el resultado de mi conducta; he cumplido mi deber á precio de mi amigo; nuestra amistad ha concluido. Advierto á los muy honorables caballeros, que son los dos grandes rivales en esta cámara, que deben en lo sucesivo (bien sea que se muevan en el hemisferio político como dos grandes meteoros, ó bien que mar-

chen reunidos como dos hermanos); les advierto que deben defender y cuidar la constitucion británica; que deben ponerse en guardia contra las innovaciones, y salvarse del peligro de estas nuevas teorías.—*From the danger of these new theories.*» ¡Memorable época del mundo!

Mr. Burke, á quien yo conocí hácia el fin de su vida, abrumado por la muerte de su hijo único, había fundado una escuela consagrada á los niños de los pobres emigrados. Yo iba á ver lo que él llamaba su plantel, *his nursery*. Se entretenía con la vivacidad de la raza extranjera que crecía bajo la paternidad de su genio. Viendo saltar á estos desterrados indiferentes á su situacion, me decía:—«Nuestros muchachos no harían esto, y sus ojos se humedecían de lágrimas; pensaba en su hijo, que había partido para un destierro muy largo.

Pitt, Fox, Burke, ya no existen, y la constitucion inglesa ha sufrido la influencia de las *nuevas teorías*. Es preciso haber visto la gravedad de los debates parlamentarios en esta época; es preciso haber oído á estos oradores cuya voz profética parecía anunciar una revolucion próxima, para formarse idea de la escena que recuerdo. La libertad, contenida en los límites del orden, parecía debatirse en Westminster bajo la influencia de la libertad anárquica, que hablaba en la tribuna aun sangrienta de la Convencion.

Mr. Pitt, alto y flaco, tenía un aire triste é irónico. Su palabra era fria, su entonacion monotoná, su gesto insensible; y sin embargo, la lucidez y afluencia de sus pensamientos, la lógica de sus ratiocinios, súbitamente iluminados por relámpagos de elocuencia, colocaban su talento fuera del orden comun.

Yo veía muchas veces á Mr. Pitt, cuando desde su casa atravesaba el parque de San James, é iba á pie á ver al rey. Por su parte, Jorge III venía de Windsor, despues de haber bebido cerveza en un vaso de estaño con los arrendatarios de las cercanías; atravesaba las mezquinas calles de su mezquino palacio, en un carruaje gris, seguido de algunos guardias á caballo: aquel era el señor de los reyes de la Europa, como cinco ó seis mercaderes de la Cité son los señores de la India. Mr. Pitt, con traje negro, espada con puño de acero al costado, el sombrero debajo del brazo, subía de dos en dos, ó tres en tres, las escaleras. No hallaba á su paso mas que tres ó cuatro emigrados ociosos; dejando caer una mirada desdeñosa sobre nosotros, pasaba con la nariz abierta y la cara pálida.

Este gran financiero no tenía ningun orden en su casa, ni horas para comer ni para dormir. Acribillado de deudas, no pagaba ninguna, y no se podía resolver á adicionar una memoria. Un camarero dirigía su casa. Mal vestido, sin placeres, sin pasiones, ávido solamente de poder, despreciaba los honores, y no quería ser mas que *William Pitt*.

Lord Liverpool me llevó en el mes de junio último, 1822, á comer en su casa de campo: al atravesar por Pulteney me enseñó la casita donde inurió pobre el hijo de lord Chatam, el hombre de Estado que había puesto la Europa á su sueldo, y que había distribuido con sus propias manos todos los millones de la tierra.

Jorge III sobrevivió á Mr. Pitt, pero había perdido la razon y la vista. Cada sesion, á la apertura del parlamento, los ministros leían á las cámaras silenciosas y enternecidas el parte de la salud del rey. Un dia había ido yo á ver á Windsor, me granjeé la benevolencia de un conserje por medio de unos schelines, y me colocó de manera que pudiera ver al rey. El monarca, con los cabellos blancos y ciego, apareció, como el rey Lear, en su palacio, y tentado con sus manos los muros de las salas. Se sentó delante de un piano, cuyo sitio conocía, y tocó algunos trozos de una sonata de Haendel: era un hermoso final de la *vieja Inglaterra*, ¡*Olá England!*

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

ENTRADA DE LOS EMIGRADOS EN FRANCIA.—EL MINISTRO DE PRUSIA ME DA UN PASAPORTE FALSO BAJO EL NOMBRE DE LASSAGNE, HABITANTE DE NEUFCHATEL, EN SUIZA.—MUERTE DE LORD LONDONDERRY.—FIN DE MI CARRERA DE SOLDADO Y DE VIAJERO.—DESEMBARCO EN CALAIS.

Yo comenzaba á volver los ojos hácia mi tierra natal: una gran revolucion se había obrado. Bonaparte, hecho primer cónsul, restablecía el orden con el despotismo; muchos emigrados entraban; los altos emigrados, sobre todo, se apresuraban á ir á recoger los restos de su fortuna; la fidelidad perecía por la cabeza, mientras que su corazon latía aun en el pecho de algunos caballeros de provincia medio desnudos. Madama Lindsay había partido: ella escribía á MM. de Lamoignon que volvieran; invitaba tambien á madama D'Aguesseau, hermana de los Lamoignon, á pasar el Estrecho. Fontanes me llamaba para concluir en París la impresion de *El Genio del Cristianismo*. Acordándome de mi país, no sentía ningun deseo de volverlo á ver; dioses mas poderosos que los lares paternos me retenían; yo no tenía ya en Francia ni bienes ni asilo; la patria se había convertido para mí en un seno de piedra, un pecho sin leche; yo no había de encontrar ni á mi madre, ni á mi hermano, ni á mi hermana Julia. Lucila existía todavía, pero se había casado con Mr. Caud, y no llevaba ya mi nombre; mi joven *viuda* no me conocía mas que por una union de algunos meses, por la desgracia y una ausencia de ocho años.

Entregado á mí mismo, yo no sé si hubiera tenido resolucion para partir, pero veía disolverse mi pequeña sociedad; Mad. D'Aguesseau me proponía llevarme á París: yo me dejaba ir. El ministro de Prusia me proporcionó un pasaporte con el nombre de Lassagne, habitante de Neufchatel. Los señores Dulán interrumpieron la impresion de *El Genio del Cristianismo*, y me dieron las hojas compuestas. Separé de los *Natchez* el *Atala* y *René*; encerré el manuscrito en una maleta que confié á mis huéspedes, en Londres, y me puse en camino para Douvres con Mad. D'Aguesseau; madama Lindsay nos esperaba en Calais.

Yo abandoné la Inglaterra en 1800; mi corazon estaba ocupado de otro modo entonces que lo está ahora que escribo esto, en 1822. Yo no llévé del país del destierro mas que pesares y sueños: hoy mi cabeza está llena de proyectos ambiciosos, de política, de grandezas y de correrías, tan impropias de mi naturaleza. ¡Qué de acontecimientos se han amontonado en mi presente existencia! Pasad, hombres, pasad; ya me llegará el turno. Yo no he desplegado ante vuestros ojos mas que la tercera parte de mis dias: si los dolores que he sufrido han pesado sobre los dias serenos de mi primavera, ahora, entrando en una edad mas fecunda, el gérmen de *René* va á desarrollarse, y amarguras de otra especie se mezclarán á mi narracion. ¡Qué no tendré que decir al hablar de mi patria, de sus revoluciones, cuyo primer plan me explicado ya; del imperio y el hombre gigantesco, que yo he visto caer; de esta restauracion, en que he tomado tanta parte, hoy gloriosa, en 1822, pero que sin embargo no puedo entrever sino al través de no sé qué nube fúnebre?

Yo termino este libro, que toca á la primavera de 1800. Al tocar el término de mi primera carrera, se abre ante mí la carrera del *escritor*; de hombre privado, voy á ser hombre público: salgo del asilo virginal y silencioso de la soledad, para entrar en la encrucijada manchada y ardiente del mundo: la luz del Mediodía va á alumbrar mi vida fantástica: la luz va á

penetrar en el reino de las sombras. Yo echo una mirada tierna á estos libros que encierran mis horas sin cuento; me parece que doy un adios eterno á la casa paterna; abandono los pensamientos y las quimeras de mi juventud, como á hermanas, como amantes, que dejo en el hogar doméstico para no verlas jamás.

Cuatro horas tardamos en pasar de Douvres á Calais. Yo me introduje en mi patria á favor de un nombre extranjero: oculto doblemente en la oscuridad del suizo Lassagne y en la mia, abordé la Francia con el siglo.

Dieppe 1836.

Revisado en diciembre de 1846.

RESIDENCIA EN DIEPPE.—DOS SOCIEDADES.

Sabeis que muchas veces he cambiado de lugar escribiendo estas *Memorias*; que continuamente he descrito estos lugares, he hablado de los sentimientos que me inspiraban, y trazado mis recuerdos, enlazando así la historia de mis juicios y de mis hogares errantes con la historia de mi vida.

Ya veis dónde habito ahora. Paseándome esta mañana por las rocas, á la espalda del castillo de Dieppe, he visto la poterna que comunica con estas rocas por medio de un puente arrojado sobre un foso. Mad. de Longueville había huido por allí de la reina Ana de Austria, embarcada furtivamente en el Havre, y saltando en tierra en Rotterdam, se dirigió á Stenay, al lado del mariscal Turenne. Los laureles del gran capitán no estaban inocentes, y la burlona desterrada no trataba muy bien al culpable.

Mad. de Longueville, que descendía de la casa Rambouillet, del trono de Versalles, y de la municipalidad de París, se apasionó del autor de las *Máximas*, y le fue tan fiel como ella podía ser.

Este vivió menos de sus pensamientos que de la amistad de Mad. de La-Fayette y Mad. de Sevigné, de los versos de La-Fontaine y del amor de madama de Longueville: hé aquí lo que son las afecciones ilustres.

La princesa de Condé dijo á punto de espirar á Mad. de Brienne:—«Mi querida amiga: escribid á esta pobre miserable, que se halla en Stenay, el estado en que me veis, y que aprenda á morir.» Hermosas palabras; pero la princesa olvidaba que ella misma había sido amada de Enrique IV; que llevada á Bruselas por su marido, ella había querido reunirse al bearnés, *escaparse por la noche por la ventana, y andar en seguida treinta ó cuarenta leguas á caballo*; ella era entonces una *pobre miserable* de diez y siete años.

Cuando bajé de la roca, me encontré en el camino real de París, que sube rápidamente al salir de Dieppe. A la derecha, sobre la línea ascendente de un ribazo, se levanta la pared de un cementerio; á lo largo de esta tapia había colocado un torno de hilar; dos cordeleros, que andaban hácia atrás y se balanceaban tan pronto sobre una pierna como sobre la otra; cantaban juntos á media voz. Apliqué el oído, y estaban en esta copla del *viejo cabo*, bella mentira poética que nos ha traído donde estamos:

¡Qui la bas sanglotte et regarde?
¡Eh! c'est la veuve du tambour, etc.

Estos hombres pronunciaban el *refran*: *Conscritos al paso, no lloréis... Marchad al paso al paso*, con un tono tan patético y varonil, que las lágrimas asomaron á mis ojos. Marcando ellos mismos el paso y devanando su cáñamo, parecía que hilaban el último momento del *viejo cabo*: yo no sabría explicar el efecto que me causaba esta gloria de Beranger; soli-